

Un susurro

"La despedida es una pena tan dulce que estaría diciendo

buenas noches hasta que amaneciese"

William Shakespeare

Espero con calma el momento indicado. No se permitía errores, lo tornaban visible, corpóreo. Su profesión valoraba eso, la paga era la mejor. Sostuvo la respiración un instante. Con determinación acciono el mecanismo. El cuerpo del otro cayo lejano.

Con delicadeza impropia desarmo el rifle. Cargándolo en la maleta acomodo su traje y observo el espacio inmediato. Oyó sirenas y gritos. Camino sereno entre la multitud, mirando fijamente un punto en el horizonte, como si el futuro se desplegara frente a él, en un cinemascopio. Dos oficiales se aproximaron por detrás y le tocaron el hombro. Volteo pausadamente mientras uno de ellos le acercaba un pasaporte. Sonrió débilmente y tomo la diminuta encomienda. En presencia de ambos lo guardo en un bolsillo. Saco un paquete de finos cigarrillos y convido a los extraños. Ambos negaron su gentiliza. Prendió un pitillo y continuó.

Arrastraba tras de sí una sombra. En tiempo remoto un diminuto incidente lo toco perturbándolo en silencio. Durante ese periodo velado donde el mundo se nos manifiesta mágico, mínimo y aun urgente, un desconocido le revelo una aterradora verdad. La pronuncio torpemente, sin atención a la breve condición de su interlocutor. En el aeropuerto de Barajas indico su primitivo fin: el asesinato de un semejante. El niño que aun ignoraba el sabor del porvenir desconoció sus palabras; su origen le entrego el rudo lenguaje de *Aberdeen* poblado en romanticismos y mitos de acero y muerte. Aun así, inocuo, el encuentro grabó en el futuro hombre una huella.

Continúo hasta el subterráneo. Espero sentando largo rato. Tiempo después una joven trigüeña destino el cuerpo a centímetros del suyo. El hombre le sonrió. La joven, ruborizada y sumisa, tibiamente devolvió la amabilidad. No lo conocía, pero le fascinaba el mutismo fortuito que compartían. Lo miraba tímidamente mientras respetaba sus silencios con sublime redención. La estación vacía reverberaba soledad y la situación parecía extender la mínima y cercana situación al resto del universo. El hombre no era ajeno al escenario. También pensaba en la joven de modo poco habitual: Tenía necesidad de rozarle la piel.

El tren impropio bramo lejano. Con cierta pesadumbre lo oyeron aproximarse. Ambos subieron, ambos pensaron en la oportunidad que habían tenido de decir algo, ambos padecieron el silencio que en minutos previos disfrutaron. Ella pensó en la llovizna, ardid perfecto para abrir una conversación. Se sintió cohibida, cobarde. Él supuso que sus modales parcos la intimidaron. Lo miro con nostalgia instantes antes de bajar en Baker Street.

Ya en el exterior sintió necesidad de correr. Estaba apenada y dolida y no encontraba el encono necesario para caminar las breves cuadras que la separaban de su apartamento. Con lágrimas subió la reticente escalinata hasta la puerta de entrada. Conmovida giro la llave y abrió el pestillo. En su perturbación fue ajena al acecho del hombre. Ella de algún modo lo alteraba y la espaba de torpe forma, casi delatándose. En derredor, la tranquila comuna dormía el precavido sueño de las huestes sin reino. El ocre delineaba la vereda mientras ella se desplomaba contra el umbral. Con esa última imagen se retiro abatido.

El tiempo dejo su recuerdo de distinto modo y en diversos parajes. En Ámsterdam ajusticio un judío, en Bucarest se sirvió de varios delatores. La cálida Estambul le propicio una cicatriz de 5 cm. en su codo derecho. Ella a su vez retomo su ritmo: recibía una torva alocada de principescos enanos en la guardería de Abbey Road. Sus diferencias parecían distanciarlos. Sostenían aun, desde la lobreguez, una diminuta reminiscencia.

Con la llegada del otoño un nuevo contrato lo obligaba hasta la húmeda planicie londinense. En el aeropuerto lo pusieron al tanto: un canciller de fuertes convicciones estorbaba las ambiciones de un compañero de campaña. Decidió hacerlo esa misma noche: Londres, de modo intenso, lo aturdió. Desde que abandono la universidad nada era continuo. Mientras trabajo en Barbados su aspecto era desalineado e informal, en Praga durante el plenilunio de junio vestía trajes ostentosos. El incidente de Orlando le regalo 20 kilos, volviéndolo tan común como cualquier yanqui.

Ese atardecer, como ningún otro, tenía aspecto juvenil. Nadie podía atinar edad o procedencia, sus modos y su dicción denotaban patria alguna. El agua de la llovizna escurría lentamente en su rostro recién afeitado. Apoyado en un árbol aguardo el instante preciso. El empedrado brillante devolvió la silueta del canciller saliendo de un restaurante provechoso. Cruzo trotando la calle, como huyendo del temporal, premeditadamente cometió el altercado. Colisiono al viejo e intento robarle la billetera. En la confusión el acaudalado pronuncio improperios típicos de su condición. La pantomima funciono, los agentes emprendieron una alocada persecución a la orden del político; omitieron en la urgencia las medidas profilácticas.

La ofuscada victima no percibió que algo pico su piel sellando así su inminente suerte. Minutos después, ascendiendo a un Taxi, el viejo legionario se desplomo.

Alcanzo la habitación del hotel a medianoche, se sirvió para ello de la promisoría escalera de incendios. Cambio su atuendo y ordeno la cena. Planifico la salida del país como siempre: nada de huidas furtivas; a plena luz del día, con integridad casi obscena. Mientras caminaba hacia el metro reconoció la calle. Luego, sin mediar razón, entró sigilosamente al departamento. Ella observaba la lluvia desde el ventanal del desván. A distancia prudencial la contemplaba en silencio. El movimiento de una sombra la perturbo. Ágilmente la tomo de la cintura, cruzando sus brazos sobre ella. Se estremeció. El contacto con el cuerpo impávido y mojado le provoco escalofríos. Poniéndose en puntas de pie arqueo súbitamente la espalda hacia atrás, instantes antes de gritar reconoció su rostro sobre el vidrio. Suspirando volteo de reflejo. Quedo atónita frente a su intensa mirada. Sin vedar la vista de sus ojos azabaches, con la misma habilidad que quitaba vida, desabrocho los escasos botones que sostenían su vestido. Ayudo con sus manos a provocar la caída del lienzo por la senda provechosa de sus hombros. Perezosamente recorrió con los labios su breve cuello. Ella temblaba, pero a la vez asentía. Se rendía satisfecha: ansiaba ese encuentro en sus sueños y aun tal vez en la vigilia de sus días repetidos. Con decisión le quito la camisa mientras se besaban. Las paredes del cuarto traspiraron vivamente esa noche, el piso de rustico ébano se volvió ceniza al alba. Prendió un cigarrillo y fumo observándola. Dormía un sueño sereno y despejado. Abandonó la habitación sin despedirse; sin saber nada de ella. Canjeo su cheque en la mañana y tomo el vuelo a Moscú de las 6:00PM.

Recorrió destinos exóticos y apartados. Posterior a la caída de una fracción de la mafia rusa, en Uganda se cargo un dictador y en la afrodisíaca Bali elimino cierta divinidad. Alaska le brindo un incidente único: En la helada tundra, más allá del río Yukón, debió poner a prueba su habilidad ante una continua noche de 30 días. Oslo le permitió un descanso, cancelaron su objetivo por cuestiones desconocidas. A medida que su abultada cuenta aumentaba sus necesidades descendían bruscamente. Se disponía a comer por hábito mismo, siquiera por necesidad. Proponía mas la hora que le propiciaba un distinguido reloj que sus propias vísceras.

Prontamente Reino Unido requería su habilidad. No lo dudo, no se tomo el metódico trabajo de evaluar la oferta, acepto sin apatía y arribo a la urbe esta vez desde un buque pesquero. Era un trabajo simple, esa misma tarde lo despacho. Sin esperar su paga se dirigió al vecindario humilde de *Marylebone*, venido a menos luego del éxodo masivo de los arduos

30's. Bebió unas copas de Gin en un Pub de *Portman Square* y espero la caída del Sol. Ya en sombras se dirigió urgido hasta el 231B de *Baker Street*. Irrumpió con elegante sutileza, como fiera a la espera, desafiando con calma el urgido éxtasis del olor a venado. No percibió el olor de su cabello, no vislumbro la poética pose bajo las sabanas. No reparo tampoco en su exquisita espalda, alumbrada por el fulgor de la luna; solo se dispuso repentinamente a su costado acariciando su semblante. Ella parpadeo intentando penetrar la sombra. Revivió la intensidad de la pasada noche. La lluvia no fue testigo sino la brisa que arremolinaba las sabanas. Durante el encuentro ambos sintieron la estrepitosa caída del tiempo: Fuera el mundo podría estallar en pedazos sin provocarles sobresalto o tristeza. Horas mas tarde el cuerpo de la joven cayo exhausto sobre la cama. Con débil convicción intento sostener el insomnio. Bebiendo una taza de café la observo desnuda, desparramada endeblemente. Se retiro sin sorna ostentando su beatifica ignorancia. Sin saber, sin osar imaginar, que la mujer despertaría confundida y apenada. Que su dulce duelo duraría largas noches y que lo lloraría a escondidas en brazos ajenos. Que se culparía sin perdón, hasta el último de sus días, por su torpe necesidad de descanso.

No tenía amigos ni familia. No había lugar donde arribar. Cada locación le resultaba ajena. Con el correr de los meses esa morada del suburbio era única tregua donde depositaba su escasa humanidad. Ella con el tiempo fue reparando en detalles: Supo entonces que él aparcaba en su piel, y que ésta le proveía la terca necesidad humana de existir.

Paso un tiempo extrañamente perturbado. Rechazo un sinfín de trabajos ventajosos. Las noches en Islandia eran metáfora de su clima. Inacabadamente la imagen de la joven lo atacaba en sueños. Ansiaba verla de nuevo, ya no necesitaba alguna excusa. Era él, desnudo frente a un hambre voraz que desconocía. Insensato y dolido tomo una decisión cobarde. El primer vuelo a Londres le entrego una madrugada sombría. Una intensa bruma envolvía la urbe, una luna roja temblaba sobre el Támesis.

Franqueo los obstáculos habituales. Una vez dentro se detuvo unos instantes y observo aquel cuerpo en silencio. Conspiró entonces la tarea implacable: en su mente el verbo arribaba pretérito, como memoria consumada, no como inmediato devenir. Como actor experimentado reproducía el texto con resignación y júbilo. Porque sabia, o creía saber, que el respeto sepulcral tenía destino de exculpación.

Con agitación inusual preparo el arma. Deposito una bala en la recamara. Coloco el silenciador pausadamente, esperando que algo fortuito lo hiciera desistir. Apunto temblando,

por vez primera cerro los ojos antes de oír el susurro del arma. Supo, ya tarde, que en cada recreación el pasado cesa en su condición pretérita y reclama la forma presente.

En contraste perfecto el carmesí avanzaba por el lienzo devorando su coartada. Descubrió en ese pavor algo horrendo; quería gritar, quería imponer un nombre al eterno silencio del universo: la historia no le dejó palabras. Supo en ese mismo instante que el cuerpo que yacía inerte se volvería una sombra insoportable, un vacío de vértigo, una ráfaga.

Fabo Sanchez

contacto@fabosanchez.com.ar

[*www.fabosanchez.com.ar*](http://www.fabosanchez.com.ar)